



DOCTOR ALEJANDRO BOTERO URIBE

Frases

con que el Dr. Botero U. agradeció el
homenaje que se le tributó

Excusad, señores, que tras las inimitables oraciones que acabamos de oír, yo, a causa de mis años, tenga que limitarme a poco más que dar mis más vivos agradecimientos, ante todo a Dios, y luego a cuantos han contribuido a hacerme este homenaje que abrumado me tiene y conmovido.

Emocionado estoy al ver la benevolencia y las liberalidades que, con largueza hoy, entidades so-

ciales de tan alta valía y especialmente mis generosos discípulos, iniciadores de ello, me prodigan honores de tal modo que,—sin falsa modestia y en conciencia lo digo,—no merezco, tanto, nó. Apenas si podré decir que en mi vida he procurado siempre ser hombre de bien, digno e independiente, fiel a la verdad y a la justicia, y no enteramente inútil para mi familia y amigos, ni para mi patria y la sociedad en que he vivido.—Si algo de esto he alcanzado, bendecidos sean por ello Dios, y por El cuantos hoy me honran.

Mas, al dar así mis más intensos agradecimientos, sufrid que pida ahora un perdón y que haga luego una rendida súplica. El perdón a quien lo pido es a la memoria o a los manes de mis maestros, todos, especialmente a los más distinguidos, como son los doctores Pedro Antonio Restrepo Escobar y Pedro Justo Berrío,—para dedicar a rendir estos honores a la memoria del más humilde y desconocido de entre ellos, del que fue de mis primeras letras en Amalfi mi cuna inolvidable, el ignoto o incomprendido don Carlos Palacio y Uribe, de Rionegro.

Fue él quien con sus indecibles virtudes y excepcionales prendas de educador de niños no contaminados aún con las máculas del mundo, cultivó en mí las primeras semillas que sembraron mis cristianos padres,—de inquebrantable respeto a la verdad, y a la justicia o amor y temor de Dios, según El y sus santas enseñanzas. Fue ese humildísimo anciano quien con tan suaves modos pedagógicos,—no estudiados sino como presentidos por él, o por en índole noble adivinados en tan oscuros o atrasados tiempos,—los de há ya casi ochenta años,—fue echando y, —consolidadas, acreciendo en mí las bases con firmes y hondos cimientos, de lo que él se proponía edificar como sólido o estable, como irreductible en fin: el carácter que, dicen sabios y filósofos, «es el hombre, todo el hombre y sin lo cual no puede hacer educación que valga».

He ahí, señores, que el objetivo principal de sus doctrinas o enseñanzas, a ello iban dirigidas todas: tal era aquel maestro, como votivo él, todo hacia Dios. Y aun en los mismos castigos que los traviesos o inquietos a pesar suyo le hacíamos emplear como inevitables, él con su paciente mansedumbre usual iba adueñándose hábilmente de almas y corazones de los niños e instalando en ellos sus doctrinas, con suavidades tales que, casi sin quererlo o sin sentirlo, éstos iban como empapándose en ellas, por amor a él; por ese su maternal cariño, que no otra cosa parecía, el modo como actuaba el raro anciano. Y si digo que aun en aquellos castigos así era, es porque sin iras o enojos como los aplicaba ya obligado, eran tan justos siempre que no dejaban cabida al resentimiento o al rencor en los penados; en sus castigos había, como en los de nuestras madres aquello de "la siempre dulce reprensión materna", de que tan sabia como humanamente habló el poeta genial del sentimiento, el bardo sin igual de la Montaña.

A tan venerable y querido maestro mío a quien tanto le debo, es a quien mi conciencia agradecida le dedica los honores que hoy vendimio: suyos son desde su origen, porque dicho se está, fue él quien con su dócil mano de hábil jardinero, aprovechó y amplió en mí reafirmandolas más y más, aquellas primeras y fecundas semillas que la cariñosa voz y la afelpada mano de mi madre, sembraron en mi alma y corazón de niño cuando vírgenes.—Y excúsenme esa preferencia mis altos profesores, que tan buenos me fueron, ya que no pudieron ellos menos de hallar en mi alma la inmutable simiente que mi dilecto arraigó allí; perdonenmelo si en gracia de que ellos mismos me enseñaron también cómo ha de ser la gratitud: como su fuente y raíz, la primera entre todas las virtudes, la caridad, máxime con los más necesitados: a mis otros profesores la Historia los menciona y ensalza; a mi dilecto no!

Y cumplido ya ese deber de gratitud, éntro ahora

ra a haceros la anunciada súplica, la cual dirijo a todos pero más ahincadamente a los jóvenes estudiantes; a los que ahora empiezan su carrera y que mañana han de ser los primeros impulsores, solícitos de todo avance o adelantamiento social bien entendido.

Y esa rendida súplica la hago en favor de todos los maestros y maestras, a fin de que se les apoye siempre lo más eficazmente que posible fuere; a fin, señores, de que nunca sean desatendidos u olvidados. —como por desgracia hasta ahora ha habido a veces tanto que sentirlo y, lo que es peor, qué deplorarlo en vano o poco menos. —Nó, jóvenes amigos, no permitáis que se vean jamás esas lástimas, os lo ruego y de vosotros lo espero como amantes de cuanto es generoso, justo y bueno, que así es o ha de ser la juventud: agradecida a cuantos hacen bien.

El magisterio, —ya vosotros lo sabeis, —es como un segundo sacerdocio social, semejante al que Dios ha ungido para que a El mismo lo represente en sus altares; también a estos sus ministros laicos. El los envía por los senderos de la vida, como a nosotros, “a enseñar a todas las gentes” la verdad o el bien en el mejor sentido, según sus enseñanzas y sin faltar a ellas nunca. No es otra la misión de los verdaderos maestros o propagadores de la ciencia en sus mejores formas; y en tal virtud, vosotros debéis valerlos eficazmente en todo mientras sirvan o puedan trabajar, y, cuando ya nó, por inválidos o viejos, entonces sólo que con mayor razón: caridad y gratitud, irán ya unidas.

Y sufrid también que os haga yo esta humilde súplica en nombre de mi primer maestro, que tan pobre y desvalido fué, como esencialmente bueno; y de quien me forjo la ilusión de creer que desde la eternidad, él tan benévolo y amante de la educación como lo era, la secundará ante Dios que espero le oirá v, agradecido de que hoy se abogue así por los maestros, verá regocijado que yo os haga esta súplica en

su nombre.

Nombre es éste que ha de advertírsele a la Historia para la cual ha sido él hasta hoy desconocido u olvidado; no sé yo esto bien, mas como quiera que sea, en este día feliz,—de gratitudes de escuelas y maestros,—para mí inolvidable; yo me hago un deber de descubrirle o recordarle ese nombre a ella, celosa de la justicia y la verdad como ha de serlo, y espero fundadamente que así ya se le redima del silencio y del olvido.

Me hago así mismo la ilusión de creer que la noble y agradecida Rionegro, madre envidiable y fecunda de tantos héroes e ilustres hijos suyos en armas, letras e industria, ufana al par que grata, alzará del silencio y del olvido las cenizas de don Carlos Palacio y Uribe para honrarlas como las de los Córdobas, Salazar, Morales, Liborio Mejía, Botero Villegas, edecán nada menos que de Córdoba y padre de Juan José, Arrublas Montoyas, Jaramillos, Escobar, Escalante, Braulio Henao, Benedicto González, los Uribes, Rafael Campuzano, Pascual Bravo, Echeverri y otros próceres o notables hijos suyos sobresalientes, como Juan Cancio Tobón; que nada menos que próceres y bien visibles han de ser los maestros como el mío y su conterráneo y congénere,—este si yá de imborrable recuerdo,—el Ilustrísimo y Reverendísimo señor obispo doctor José Joaquín Isaza y Ruiz.

Y para que—como lo dice la misma Sabiduría infinita—“por sus frutos” conozcáis a mi dilecto, ahí tenéis a uno de los máspreciados u opimos de esos frutos en el indiscutido e indiscutible Maestro de la Juventud doctor Francisco Antonio Uribe Mejía, deudo mío de quien me ufano, y quizá el *otro único*, si así pudiere decirse, sobreviviente como yo de los discípulos de DON CARLOS PALACIO Y URIBE, a quien Dios guarde y de hoy más ya no lo deje arrinconado la Historia!

ALEJANDRO BOTERO U.